

Juicio al Ratón Pérez **(y otros casos de Escopeta)**

Marcelo Birmajer

Ilustraciones de Pez

loqueleg

*Para Sarah, Sabrina y
Simón que, sin saberlo, me
contaron estos cuentos.*

Primera Parte

JUICIO AL RATÓN PÉREZ



Sentado a una mesa de madera, se hallaba un niño pálido y desconsolado. Su nombre era Benito Percodere. Aunque no sonreía, se le veía un hueco cuadrado en medio de la boca. Todos los demás dientes se hallaban en su sitio, como soldados protegiendo la tumba de un compañero caído.

El fiscal acusador, señor Musopapa, se puso de pie, miró a su cliente (el niño sin un diente), pegó un suave golpe sobre la mesa de madera y se dirigió directamente al juez:

—Su Señoría —dijo—. El caso no puede estar más claro. Claro como el claro que ha dejado en el bosque de la boca de mi cliente ese árbol caído, ese pájaro que ya no ocupa su nido, esa hoja que el viento se llevó. A mi cliente le falta un diente. Y no lo digo porque rime fácilmente. Si fuera por rimar, podría asegurar que mi cliente tiene todos los dientes. Suena mejor, si se quiere. Pero es falso de toda falsedad. Porque el día martes 13 de agosto, hace ya cuarenta y ocho horas, mientras aguardaba

le fuera servida la merienda, mi cliente perdió su diente, delantero, que no rima, pero es verdad. Pero no sólo el diente le falta, a mi cliente, queridos miembros del jurado aquí presente —y, mientras agregaba esta frase, echó un vistazo al jurado y puso la mano hacia arriba, como si sostuviera una bandeja llena de copas—, también le falta, y disculpen que me exceda, le falta la moneda. Sí, Su Señoría, miembros del jurado, mi cliente ha sido estafado.

El juez pegó tres golpes con un martillo de plástico, que hizo un ruido de flautita muy desagradable. Miró a sus ayudantes, les extendió el martillo con una mirada enojada, y se lo cambiaron por el martillo de plástico naranja, al cual simplemente le apretó un botón. Este produjo tres resonantes golpes, como si golpeará un martillo contra la mesa.

—Tendrán que disculpar este martillo a pila —explicó el juez a todos los presentes—, pero a veces me dejo llevar, y ya rompí dos mesas. Señor fiscal acusador, ¿por qué nos dijo usted “perdonen que me exceda”, si aún le quedaba un buen tiempo por hablar, y no hizo más que presentarnos su caso?

—Porque “exceda” rima con moneda, Su Señoría —reconoció el fiscal Musopapa.

—Me lo temía —respondió de inmediato el juez, como si quisiera rimar con señoría, y

oprimió nuevamente el botón del martillo de plástico, que, para su gran vergüenza, esta vez emitió el *cua cua* de un pato.

—Señor fiscal acusador —continuó el juez como si el martillo hubiera funcionado adecuadamente—, me veo en la obligación de advertirle que debe usted limitarse a presentar su alegato sin rimas innecesarias. Si no rima, no rima. Continúe, por favor.

—Es que ya terminé, Su Señoría —replicó el fiscal—. A mi cliente se le cayó un diente y el Ratón Pérez no le trajo su moneda.

—Si es por la moneda —dijo juez—, se la doy ahora mismo y terminamos con este caso.

—¡Protesto! —se puso en pie sobre dos de sus patas el abogado, el gato Miró Nepomusemo.

El jurado, que no había reparado en el defensor (el gato había permanecido debajo de su respectiva mesa hasta el momento de hablar), dejó escapar un suspiro de sorpresa: ¡Un gato era el abogado del ratón más famoso del mundo!

¡Un gato defendía a un ratón! Que un ratón le pusiera un cascabel a un gato¹ era riesgoso

¹ Como todos ustedes deben saber, existe una antigua leyenda sobre los ratones, el cascabel y el gato. La historia cuenta que, hace ya muchos años, los ratones de una casa realizaron un congreso para solucionar el terrible

pero comprensible. Pero que un gato defendiera a un ratón ¡era ridículo! Y, sin embargo, de haber conocido los miembros del jurado la historia del gato Miró Nepomusemo, en lugar de haber suspirado de asombro, habrían suspirado de ternura.

Nepomusemo era el famoso gato al cual los ratones habían intentado colocar un cascabel.

El ratón López, íntimo amigo de Pérez, se había ofrecido finalmente para ser el héroe de los ratones y colocarle el cascabel al gato. En el Carnaval de Pucamarca de 1987, aprovechando el bullicio y el ir y venir de las bombitas de agua y la espuma artificial, el ratón López le había adherido, con la ayuda de un abrojo, el cascabel en la cola al gato. Nepomusemo descubrió el cascabel y al ratón López. Se sacudió el cascabel y miró fijo a López. El ratón López murió de miedo.

tema de la inseguridad: ya no querían ser atrapados por el gato. No se sabe si a propuesta del más sabio de los ratones o entre varios de ellos, llegaron a una solución: le colocarían un cascabel en la cola al gato; de ese modo sabrían cuándo se acercaba y podrían huir a tiempo. La idea les pareció sensacional a todos, pero, cuando llegó el momento de decidir quién le pondría el cascabel al gato, ninguno se animó. De modo que el gato de la casa continuó devorándolos uno por uno. Esa es la leyenda. Pero en este libro, por primera vez, los lectores tienen acceso a otra versión de la misma historia, que ya comenzó en esta página y concluye en las próximas. ¡No se la pierdan!

—Qué ratón cobarde —dijo en voz alta el gato Miró Nepomusemo.

Los gatos del carnaval comenzaron a contar la anécdota del ratón que había muerto de miedo por una sola mirada. Y, terminado el carnaval, comenzó a recorrer el mundo la noticia de que a los ratones ya no hacía falta cazarlos: bastaba con mirarlos.

Diez años más tarde, pocas horas antes de comenzar el Carnaval de Pucamarca de 1997, cuando Nepomusemo estaba disfrazándose de perro y listo para salir a divertirse con su martillo de plástico, su lanzaespuma y sus bombitas de mal olor, una nota pasó por debajo de su puerta.

Decía así:

Señor gato Miró Nepomusemo, presente: He necesitado de todo mi coraje para llegar hasta la puerta de su casa y, mucho más, para deslizar por debajo de su puerta esta nota en una cáscara de queso. Cuando usted comience a leerla, yo ya habré huido. Aun así, seré considerado entre los míos un valiente, por haberme animado a dejarle una nota a un gato.

Mi apellido es González y, por si todavía no lo ha descubierto, soy un ratón. El motivo de mi carta es hacerle saber que mi primo, el Ratón López, el único de entre todos los ratones que se animó a ponerle el cascabel al gato, fue el más

valiente de todos nosotros y no, como usted ha hecho circular por el mundo animal, el más cobarde. Es cierto que murió de miedo cuando usted lo miró a los ojos, pero eso le hubiera pasado a cualquier ratón en su lugar. Estamos acostumbrados a que los gatos nos persigan; pero acercarnos por nuestra propia voluntad a ellos, y colocarles un cascabel, es una tarea que supera todas nuestras fuerzas y que sólo podía realizar el más valiente, ya no de los ratones, sino de los animales.

Si, el más valiente de los animales. Quisiera verlo a usted, señor gato Nepomuseno, o a cualquier otro gato, poniéndole un cascabel a un león en ayunas. © a un tiburón blanco. © a un águila guerrera. Y, sin ir tan lejos, quisiera saber si cualquiera de los gatos es capaz, simplemente, de ponerle un cascabel a un perro Doberman o a un bull dog.

López se enfrentó a usted, y eso equivale a enfrentarse a cualquiera de los peligros que le acabo de enumerar. No murió por ser un cobarde, murió por ser un valiente. Y le exijo, desde ahora y para siempre, que limpie públicamente su nombre y lo deje, en la memoria de las presentes y futuras generaciones, como el valiente que fue: López, el ratón valiente.

El ratón González

